CAPITULO III

EL TRABAJO.

Definición del trabajo.---El trabajo productivo y el trabajo improductivo.---El trabajo físico y el trabajo intelectual.---Clasificación de los trabajos y de las industrias.---Caracteres diferentes de la productividad de las diversas categorías de los trabajos humanos.---Proporción y equilibrio entre las diversas profesiones humanas.

Definición del trabajo.—El trabajo humano es el segundo factor de la producción. Es el factor que dirige, el que guía á la naturaleza y aumenta su fecundidad, investigando sus leyes y haciendo obrar en provecho exclusivo del hombre, las fuerzas productoras de que está dotada la materia.

¿Qué es el trabajo? Es una de las formas de la actividad humana; pero ¿es acaso la única forma de esa actividad? Nó. Un hombre es activo al comer; éste se pasea, aquel baila. ¿Constituye esto un trabajo?

La idea de trabajo, según la creencia vulgar, implica el esfuerzo, la abstención, la pena. Ciertamente muchos individuos, los grandes artistas, los escritores notables, los buenos obreros, el labrador que ama sus campos, experimentan placer al trabajar; pero no es menos cierto que la idea de esfuerzo, y concentración de la actividad humana á determinado objeto, con exclusión de todos los demás, está unida á la idea de trabajo.

Se ha dicho con razón: si el trabajo no constituyese, en cierto sentido, una pena para el hombre, todos los fenómenos económicos serían distintos de lo que son. El hombre es avaro de sus penas y procura ahorrar su trabajo; de aquí todo el progreso de la industria, no solamente en la invención de las máquinas, sino en la combinación de las labores.

El principio del trabajo, es decir del menor esfuerzo para obtener el resultado que se desea, domina toda la vida económica.

Un mismo acto, según el fin á que tienda y la regularidad conque se ejecuta, puede constituir una distracción ó un trabajo. En esto estriba la diferencia entre lo que se llama un aficionado y un profesional, á saber: el danzante que se distrae y el maestro de baile, el excursionista y el guía de las montañas, el pintor por afición

y el pintor por profesión, el batelero de los días de fiesta y el marinero, el paseante y el castero. Podríanse multiplicar estos ejemplos indefinidamente.

¿Por qué un mismo acto es un pasatiempo para uno, y un trabajo para el otro? Porque para que exista el trabajo, en el sentido económico de la palabra, se requieren diversas condiciones: desde luego es necesario que el esfuerzo humano sea un medio y no un fin; también precisa que el esfuerzo no esté aislado, que haya una verdadera serie de actos, una actividad metódica y consciente dirigida á un objeto determinado. Se debe considerar como trabajo toda pena aceptada de una manera continua, para obtener un resultado productivo, es decir: para satisfacer las necesidades del hombre.

El trabajo puede ser de dos modos distintos: físico ó intelectual; también se dice en la actualidad: muscular ó nervioso. A medida que la civilización avanza, el trabajo intelectual gana más y más terreno.

El fin que el hombre persigue, no debe ser el trabajo propiamente, sino el resultado de él. El hombre tiene necesidades tan diversas qué satisfacer, que debe encauzar convenientemente sus esfuerzos, para procurarse cada satisfacción, con el menor trabajo posible, de manera de poder emplear su tiempo y sus esfuerzos restantes,

para proveer á necesidades de otro orden.

Se puede asentar que el trabajo, considerado desde el punto de vista de los bienes que proporciona, es una emancipación, aunque al mismo tiempo constituya una esclavitud.

Trabajo productivo y trabajo improductivo.—No todo trabajo es productivo; así por ejemplo, destruir un vaso para reconstruirlo en seguida; incendiar una casa para reedificarla; romper vasos ó platos para fabricarlos de nuevo con los pedazos, es una locura, porque se consumen inútilmente esfuerzos, sin añadir nada á las riquezas de la humanidad.

Un trabajo es productivo siempre que aumenta los bienes que son necesarios ó útiles al hombre.

Trabajo físico y trabajo intelectual.—El trabajo intelectual, convenientemente dirigido, es tan productivo como el trabajo manual. El ingeniero que ha combinado, con su ciencia y sus estudios, el juego de ruedas de una locomotora, es tan productor como el obrero fundidor ó ajustador qne fabrica la máquina, el fogonero ó el mecánico que la conducen.

El arquitecto que ha fijado las proporciones, combinado los materiales é ideado el plano de un edificio, es tan productor como el albañil ó el pizarrero.

El sobrestante ó capataz que distribu-

ye las tareas, proporciona consejos y repara las faltas, es tan productor como el obrero.

El contador que por medio de apuntes metódicos y exactos, hace que la producción tenga en cierto modo, conciencia de sí misma, y pueda á cada instante darse cuenta de si está administrada con economía ó despilfarro, es tan productor como el simple mayordomo.

Cierto nuevo fanatismo ó superstición conspiran para obscurecer estas verdades evidentes. El desdén hácia el trabajo intelectual, parece haber hoy reemplazado, en una clase de la población, al desdén con que otra clase de ella miraba antes el trabajo manual.

Según esta superstición reciente, el obrero que construyese un violín sería productor, y no el artista que tocara ese instrumento; el mancebo de botica que preparase una poción sería productor, y no el médico que hubiese redactado la receta.

Sin embargo, como se ha hecho resaltar, las obras intelectuales ó inmateriales, pueden alcanzar resultados más amplios y duraderos que los trabajos manuales. Una lección del profesor puede tener más duración en el espíritu del discípulo y cambiar más su existencia, que la tasa de café que éste tome. Dos especies de trabajos intelectuales, son, sobre todos, eminente-

mente productores: desde luego el trabajo de invención ó descubrimiento, y después el trabajo de administración ó de dirección.

El trabajo puramente material participa de la fragilidad de la materia, no puede producir otro efecto que el cambiar las partes que la constituyen, y es impotente para presentarse en dos lugares simultáneamente; está limitado en el tiempo y en el espacio.

El trabajo de invención ó de combinación, por el contrario, participa de las propiedades del espíritu; puede difundirse inmediatamente por el mundo entero, y por otra parte, se refleja de un modo indefinido al través de las generaciones.

La producción intelectual tiene, pues, una intensidad inaudita y una duración algunas veces inconmensurable. La invención de la máquina de vapor, la del telégrafo, de los telares, del acero Bessemer, se propagan en algunos años por todos los ámbitos del globo, y muchos otros descubrimientos de menor resonancia, alcanzan efectos análogos. Los servicios valiosos de los hombres de ingenio, ó de los espíritus ingeniosos, que han perfeccionado las artes, siempre arrebataron á la humanidad. Los antiguos transformaban á los inventores en héroes ó en semidioses, como Triptolemo. La economía política liberal

de los pueblos modernos, sin intervención alguna de los Estados y por la sola virtud de las leyes naturales, les considera de ordinario, como parte proponderante, en la repartición de la riqueza.

Clasificación de los trabajos y de las industrias.—Muchas clasificaciones se han propuesto acerca de los trabajos humanos; la que sigue parece la más racional: 1º las industrias extractivas que obtienen del seno de la naturaleza, sin modificarlas, al menos esencialmente, las substancias útiles: la cosecha de los frutos salvajes, la pesca, la caza, la explotación de los bosques, de las minas y de las canteras, constituyen esta primera categoría. 2º la industria agrícola que recoge del suelo las materias útiles, sometiendo á la naturaleza á la acción del hombre y al conocimiento que éste tiene de las leyes que á la primera rigen; 3º las industrias manufactureras que se límitan á moldear y transformar, ya por medio de la mano del hombre, ya con el concurso de las fuerzas físicas y químicas, las materias que le suministran las industria extractiva y agricola; las fábricas de tejidos, los establecimientos metalúrgicos y toda la variedad de fundidiones y talleres integran esta clase; 4º la industria comercial que reune las mercancías, las conserva y las suministra y reparte á los consumidores; 5º la industria porteadora, que se

relaciona con la anterior, pero que se distingue de ella, á causa de la inmensa importancia que ha alcanzado en los últimos tiempos, y que tiene por objeto cambiar de un lugar á otro personas y cosas; 7º los servicios inmateriales, como los que prestan los funcionarios públicos y las profesiones liberales, como las de médico, abogado, notario y músico.

Algunos economistas han formado una clase especial, á causa de su gran importancia social, de los trabajos de descubrimientos é invenciones que puedan realizar, ya los ingenieros y demás profesionales sabios, ya los simples particulares; mas por eminentes que sean los servicios que prestan los inventores, esos maravillosos productores, los más útiles á la humanidad, quedan comprendidos en la sexta clase que acabamos de indicar. A esta categoría se refieren también, aunque sean muy diferentes, los servicios puramente personales, como los de los criados.

El orden en que se han enunciado tales clases, no es más que una división lógica, y no indica por sí mismo ninguna superioridad social de las primeras respecto de las últimas.

El carácter indiscutiblemente productivo de las industrias extractiva, agrícola y manufacturera, no ha sido materia de objeción alguna, cuando menos en nues-

tra época. Se ha propuesto frecuentemente, por el contrario, si los trabajos de transporte, las profesiones comerciales, las oficios liberales y las funciones públicas, tienen un carácter productivo ó si constituyen acaso quienes los ejercen una legión de parásitos que viven á expensas de los verdaderos productores.

Caracteres diferentes de productividad de las diversas categorías de trabajos humanos.—En principio, el círculo productor puede ampliarse hasta lo infinito; pero en las categorías de las ocupaciones que hemos citado en último término, puede existir, más que en el trabajo de los campos y talleres una superabundancia abusiva de factores. No cabe duda sobre que la industria de transportes es productiva. Muchos artículos de consumo no tienen utilidad, sino á condición de ser trasportados desde la región que los produce en exceso, dadas las necesidades locales, á otra región que carece de ellos y que se resentiría de no tenerlos. Muchas producciones se encuentran estrictamente localizadas por la naturaleza: el algodón, el café, la hulla misma, el fierro, los metales, las maderas de construcción y otra infinidad. La industria porteadora, permitiendo á cada comarca dedicarse principalmente á aquellas producciones que la naturaleza le ha señalado, para procurarse, por vía

de cambio, los demás productos, es eminentemente productora. Aumenta el poder de la humanidad; á ella se debe en gran parte la renovacion de la faz del mundo, operada en los últimos tres cuartos de siglo.

Acontece respecto del transporte de las personas, lo que con el de las mercancias. El buque de vapor que conduce á América un millar de emigrantes alemanes ó irlandeses, realiza una obra productora, por cuanto á que esos mil hombres á quienes faltaba ocupación en su país, sólo podían vegetar en él en medio de la miseria y la desgracia, mientras que levantarán soberbias cosechas en las tierras vírgenes del Nuevo Mundo. Pero aparte de una utilidad tan inmediata y de tal modo evidente, también los trenes que transportan á los excursionistas de su morada habitual á otras regiones y paises nuevos, deben ser considerados como productores en el sentido económico de la palabra, puesto que procuran al hombre una distracción agradable, moral y sana.

Se puede, no obstante, abusar de la industria porteadora, creando inútilmente líneas férreas que se hagan competencia, ó abriendo una serie de puertos próximos que sólo pueden perjudicarse recíprocamente, ó estableciendo, mediante subvenciones considerables, caminos de fierro